

SOLEMNE VIGILIA PASCUAL

Catedral 2016

Durante todo este Sábado Santo hemos permanecido en silencio meditativo junto al sepulcro del Señor significado en los templos cerrados y desnudos de todo ornamento. Entrada ya la noche nos disponemos a celebrar la Fiesta más importante del calendario litúrgico: la Pascua de Resurrección que comienza con la Solemne Vigilia Pascua que estamos celebrando. Un grito de alegría y de júbilo resuena esta noche en todos los templos cristianos del mundo que abren sus puertas a la luz de Cristo. Los cantos de júbilo de los cristianos rompen el silencio del Sábado Santo. En cualquier lugar donde hoy se reúnan los cristianos proclamarán a voz en grito: ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya!

La resurrección de Jesucristo es el Misterio central de nuestra fe cristiana. San Pablo escribe “Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado; pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana es nuestra fe... pero Cristo ha resucitado y es primicia de los que han muerto” (1Cor 15,14-17) . Esta es la Buena Noticia que hoy proclama y conmemora la Iglesia entera en la solemne liturgia de la Vigilia Pascual. Porque “Cristo una vez resucitado de entre los muertos ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio sobre Él.” (Rm 6, 9)

La resurrección de Cristo es un hecho real, un hecho que ocurrió realmente y del cual los evangelios nos dan dos pruebas: El sepulcro vacío y las apariciones a los discípulos. Con todo, la resurrección de Cristo está más allá de la historia por su naturaleza sobrenatural. Sólo se puede acceder a este hecho desde la fe, de ahí que el hecho real de la resurrección del Señor se convierta en un hecho histórico en la experiencia personal de los testigos que afirman rotundamente: ¡Ha resucitado el Señor, y de esto damos testimonio!

La experiencia del encuentro con Cristo resucitado no sólo fue una experiencia privilegiada que se circunscribe a Pedro y a los demás discípulos que lo vieron glorioso, comieron con él en el lago de Tiberíades o metieron el dedo en sus heridas. También los creyentes

de cualquier época de la historia podemos ser alcanzados por la gracia de la resurrección y encontrarnos en nuestra vida con el Señor resucitado que nos perdona y consuela con su inmenso amor.

La liturgia de esta noche expresa el hoy de la resurrección del Señor con signos muy expresivos que evocan la trascendencia histórica del hecho de la resurrección. El signo del fuego que proporciona luz y calor para disipar las tinieblas, el agua que lava y da vida, el canto del Aleluya que manifiesta la alegría del corazón, las flores y los ornamentos litúrgicos blancos que expresan la belleza del rostro de Cristo resucitado. Todos estos signos nos hablan de Jesús que está vivo en medio de nosotros aunque nuestros ojos no lo puedan ver físicamente.

El signo más elocuente y real de la resurrección es la eucaristía, en la cual Cristo está realmente presente y glorioso bajo las especies del pan y del vino consagrado. Por eso la Eucaristía de la Pascua es la gran eucaristía del Año Litúrgico. En ella damos gracias a Dios porque “nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales” (Ef 1, 3), porque el Señor resucitado “nos ha trasladado del reino de las tinieblas al reino de su luz admirable”. Para celebrar dignamente esta eucaristía pascual nos hemos preparado durante la cuaresma, disfrutemos de los frutos de la Pascua.

Dice el Papa Francisco en la Exhortación pastoral *Evangelii Gaudium* 278 “La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!”

Aceptemos la invitación del Papa y no nos quedemos al margen de la esperanza que supone para el mundo la resurrección de Cristo que hace avanzar la historia de la humanidad brotes de verdadera vida, de justicia, de paz, de amor y de consuelo. En esos brotes de nueva vida renace cada día la esperanza que nos mantiene vivos hasta que el Señor vuelva.

Que la Virgen María, a quien el Señor concedió la gracia de ser asunta al cielo participando ya de la gloria de la resurrección, interceda por nosotros para que vivamos ya en la tierra como ciudadanos del cielo.